

tamoanchan



'UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL' CENTRO INAH MORELOS

El bosque de Huitzilac:

Fragmentos de la modernidad y tradición en los altos de Morelos

Ricardo Melgar

Las poblaciones del municipio de Huitzilac de los altos de Morelos, han mantenido a través del tiempo y gracias a las sucesivas vías de comunicación y transporte, un flujo diverso de intercambios con los pobladores de las ciudades de México y Cuernavaca. Los arrieros procedentes de Cuernavaca transitaban de paso por Huitzilac, para cruzar en una sola jornada la cadena montañosa del Ajusco, anudando diversos vínculos mercantiles con Xochimilco y viceversa. También contaba y lo sigue haciendo, la ruta de peregrinaciones hacia el santuario de Chalma ligada al Cristo Negro de la exaltación y Nuestra Señora de Tránsito en Tlayacapan.

La ruta de los peregrinos pasa por Tlayacapan, San José de los Laureles, Amatlán, Tepoztlán y Huitzilac (De la Peña, 1980:44-45).

Por estos senderos los símbolos, artefactos y prácticas derivadas de las sucesivas etapas de la modernización, fueron dejando sus muchas e ignoradas huellas en las localidades aiteñas de Huitzilac. La imagen de tradicionalidad periférica que le han conferido antropólogos e historiadores a los altos de Morelos, obvia el rostro difuso de sus negadas modernidades. Las no visibles cuevas que se proyectan sobre los cerros aledaños de la cabecera municipal, encierran viejos registros culturales indígenas, así como fragmentos y señas de artefactos modernos recepcionados por los lugareños. La visibilidad de las añejas y semidegradadas ermitas franciscanas del siglo XVII, demanda una mirada que transite sin límites entre los espacios públicos y privados. En la memoria de los lugare-

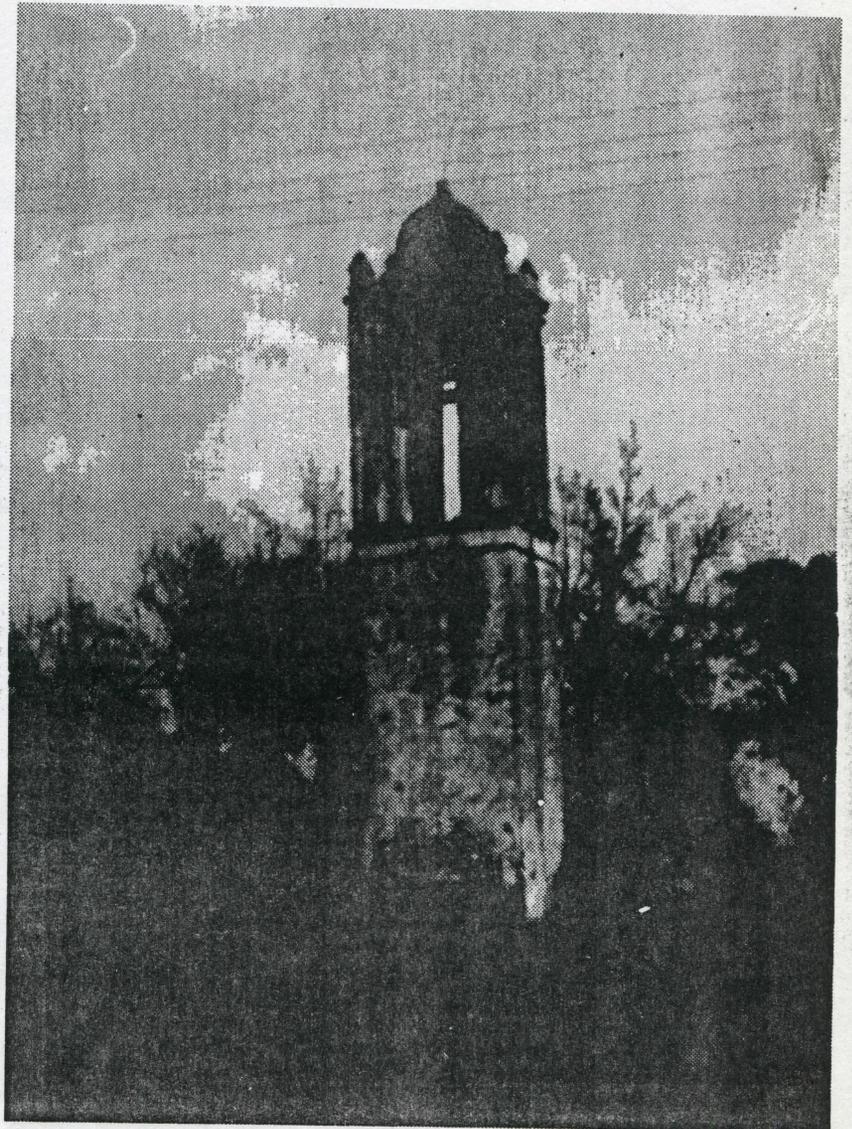
ños se registran la existencia de siete ermitas o capillas en la que convergían al parecer la lógica de los retiros y rituales franciscanos y la configuración y cultos de los antiguos barrios indígenas; Huachalco, Tesahuapan, Tosonquí, La Víbora, Principal...

La refundación y reconstrucción del pueblo que había sido incendiado, saqueado y diezmado durante la Revolución, alteró su trazo, demoliéndose dos capillas y reubicando a las demás fuera de la tradición identitaria de los extintos barrios huitzileños. Algunas de ellas están enclavadas en predios particulares, exhibiendo las huellas de sus usos domésticos más recientes: lugar de triques, herramientas, o de pequeños establos. Los usos religiosos que motivaron la edificación de las ermitas se ha esfumado del imaginario familiar de los actuales propietarios. Fuera de los predios, una ermita, funge como activa y milagrosa capilla caminera, a la salida del pueblo.

Un parador invisible y sus panorámicas:

Huitzilac como reza la controvertida toponimia de esta cabecera municipal de los altos del norte Morelos, Huitzilac como la registra la Baronesa Calderón de la Barca, Huichilaque como le llamaba Guillermo Prieto en 1845, Sanjuanjuansin como nos lo testimonió Don Mauro López, un veterano zapatista, o quizás Huichi como actualmente gustan denominarlo con afecto los lugareños, fungía como un parador inevitable del transporte de pasajeros y de carga que movilizaban las diligencias y los arrieros.

La Empresa General de Dili-
pase a la página 12



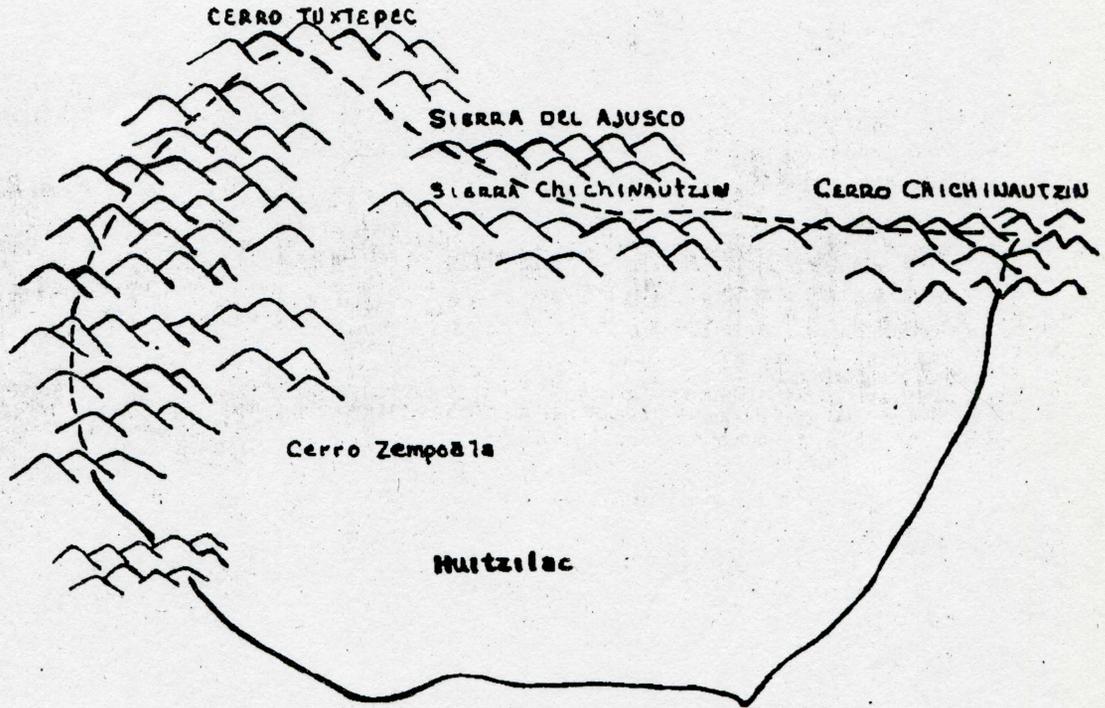
Ermita, Coajomulco, Morelos.

Fragmentos de la modernidad y tradición en los altos de Morelos

tiene de la primera plana del suplemento

gencias con sede en la ciudad capital, en la segunda mitad del siglo XIX, tenía 3 salidas semanales a Cuernavaca (lunes, miércoles y viernes), y otras tantas procedentes de Cuernavaca a la ciudad de México (martes, jueves y sábado). El itinerario demoraba nueve horas, incluyendo la necesaria parada en Huitzilac, previa al descenso al valle de Cuernavaca. La salida desde México se programaba a partir de las seis de la mañana mientras que desde Cuernavaca se adelantaba dos horas; los arribos estimados para una y otra ciudad se situaban alrededor de las 3 y 5 de la tarde respectivamente (López, 1994:135). Por su lado, las partidas de los arrieros al lado de los viajeros a caballo que se les plegaban para obtener mayor protección en el camino, a las cuatro de la mañana atravesaban con salvconductos la Garita Norte de la ciudad de México que daba acceso a la carretera de San Agustín con dirección a Cuernavaca. En 1842, según el testimonio de Brantz Mayer, la pausada cabalgata al ritmo del desplazamiento de las mulas y burros de carga y las exigencias de los compromisos mercantiles y de parada de los arrieros, duraba poco más de una jornada completa (Mayer, s/f).

Gracias a las diligencias, algunos viajeros dejaron señas en sus crónicas o diarios de viaje sobre el espacio huitzilteño. Fue la mirada del viajero ilustrado que tendió a ignorar en sus registros a Huitzilac y sus habitantes, prefiriendo proyectarse sobre el valle de Cuernavaca bajo la forma de una inestimable panorámica de altura. Las alusiones excepcionales que realizaron los viajeros declamónicos sobre el poblado de Huitzilac resultan deprimentes. La Baronessa Calderón de la Barca recoge en su mirada la pobreza y precariedad de la veintena de casuchas que configuraban el pueblo de Huitzilac, mientras que Brantz Mayer opta por extender su desprecio y temor por la alteridad de los huitzilteños, estigmatizada por su pobreza, su curiosidad frente a los fuereños y sus artefactos e indumentarias. Tal parece desprenderse del registro de una aldea innombrable donde Mayer y sus acompañantes ocasionales, paran a



almorzar el domingo 18 de septiembre de 1842, antes de emprender el descenso a Cuernavaca: «En la aldea que almorzamos había una banda de bellacos mal agestados, que rondaron en torno de nuestro grupo, observando nuestros movimientos y escurriñando nuestras armas. No puedo concebir un puñado de hombres más en consonancia con el aspecto de la aldea que esos hongos humanos que habían brotado en medio de la desolación física de esos parajes y florecido en la podredumbre moral. Todos ellos parecían unos bellacos, con la barba de un mes; sombrero gacho, por debajo del cual echaban a hurtadillas sus miradas de soslayo; andar rastreador de gato y sórdidas capas o blusas, que dejaban asomar la empuñadura de cuchillos o machetes. Sin embargo, ninguno de estos caballeros nos persiguió o nos salió al encuentro» (Mayer, s/f:16).

Mayer caracteriza a los pobladores alteños a través de imágenes que devalúan su perfil étnocultural y humano, situándolos en el plano mismo

del caos-naturaleza (hongos les llama), registra sus movimientos bestializándolos (andar rastreador de gato), confinándolos en el universo simbólico del mal (la podredumbre moral). Mayer no abre juego desde su propia alteridad para aproximarse a la mirada del otro, opta por mirar con desconfianza las armas blancas de los alteños, pero no se pregunta por las claves que acompañan las miradas que se posan sobre sus propias y letales armas. El higienismo moderno y su axiología social, devalúa los cuerpos de los indígenas y campesinos. Racismo y etnocentrismo se dan la mano y pintan su raya y estigmas desde el ojo del viajero. Este registro pensado de el tiempo largo, no puede dissociarse de las miradas y claves análogas a la que los chillangos y extranjeros residentes de los fraccionamientos campesinos, exhiben frente a la otredad lugareña.

El «mirador de Huilchllaque» ya era conocido como tal en 1845, más allá del bautizo que de él hizo Guillermo Prieto: «Mientras remudaban en el

pueblo de Huilchllaque, formado en la cima desigual de una montaña, uno de mis apreciables compañeros, nativo de Cuernavaca, me llevó bajo un árbol a un punto que llamo desde entonces el Mirador de Huilchllaque» (Prieto, 1982:10). No fue diferente la valoración que hizo Rivera y Cambas cuatro décadas más tarde: «...en Huitzilac son magníficos los panoramas que se disfrutan» (Rivera y Cambas, 1884).

La mirada panorámica reproduce ese viejo coordenada valorativa y normativa de Occidente sobre lo alto y lo bajo. La mirada moderna exhibe desde su perspectiva una misma direccionalidad. La horizontalidad de la mirada queda como opción para los lugareños de cumbre a cumbre; también el reconocimiento de los topónimos naturales con los que se reconocen los cerros que marcan, rodean y atraviesan el espacio huitzilteño: Cerro Chichlnautzin, Cerro de la Manteca, Cerro del Tezoyo, Tres Marías, Cerro de Tepeyahualco, Cerro de Tuxtepec, Cerro de Zacolohaya, Cerro del Mira-

dor, Cerro de Zempoala, Piedra Quilla, Ojo de Atezacapa. Estas crestas naturales con sus cruzados vocablos nahuas y mestizos, se ubican sobre los tres mil metros de altura (CEPES, 1974:4).

Guillermo Prieto obvia en su crónica de viaje al pueblo y sus gentes, la naturalización del espacio huitzilteño no cuenta tanto como floresta, sino principalmente como mirador de altura y como tortuosa bajada a la soñada Cuernavaca. Para decirlo con las palabras de Prieto: «Esta bajada de Huilchllaque ... es un descenso de caricatura. Esto no es bajar». El código cultural del que mira desde la modernidad descubre no sólo las panorámicas a través de las cuales ubica a la ciudad como centro y razón de ser del entorno natural. A veces la mirada diferencia los órdenes dejando a la ciudad entre paréntesis (aparte) para así poder valorar la naturaleza en su doble registro: como caos y como campo domesticado.

Fragmentos de la modernidad y tradición en los altos de Morelos

viene de la página 12

Prieto da cuenta de los referentes naturales desde los incómodos ritmos que le imponen el sinuoso y accidentado camino de la bajada de «Huichilaque» las veloces diligencias chilangas. La serie de elementos naturales que registra el viajero a través de su mirada, insinúan la presencia de una oculta jerarquía valorativa, la naturaleza es el caos de rocas que al serpear alteran el terreno o los follajes de árboles que batidos por el viento simulan un imponente y temido oleaje; aparte parecen dibujarse los simétricos plantíos de caña de azúcar de los Ingenios del valle de Cuernavaca. El verdor de los Ingenios opera como el símbolo ordenado de la modernidad sobre el valle morelense. Pero dejémosle a Guillermo Prieto los términos de su registro: «Fígúrese el lector en la cuna de una inmensa montaña; a sus pies como torrentes repentinamente petrificados están en descenso suspendidas las rocas que serpean y que levantan y deprimen el terreno con irregularidad sorprendente... Por dondequiera que se vuelvan los ojos se divisan grupos de montañas... barrancas que zanján en el terreno y describen unas líneas profundas y negras... quelebras que dan nuevas y variadas a la luz... ya reflejándolas en los verdes plantíos de los campos de caña, ya en las lomas de color amarillento y triste, ya en la vegetación de los bosques de encinos y madroños, cuyo follaje se divide en grupos como penachos soberbios de plumas que se derraman y forman oleadas con el viento» (Prieto, 1982:9-10).

Prieto apela a un recurso metonímico para describir la agitada floresta huitzileña por los vientos, a través de un inconfundible símbolo de la indianidad: el penacho. A través de esta metáfora no hace más que reafirmar en clave moderna los desvalores del caos, la alteridad salvaje y el peligro, atribuibles a la naturaleza.

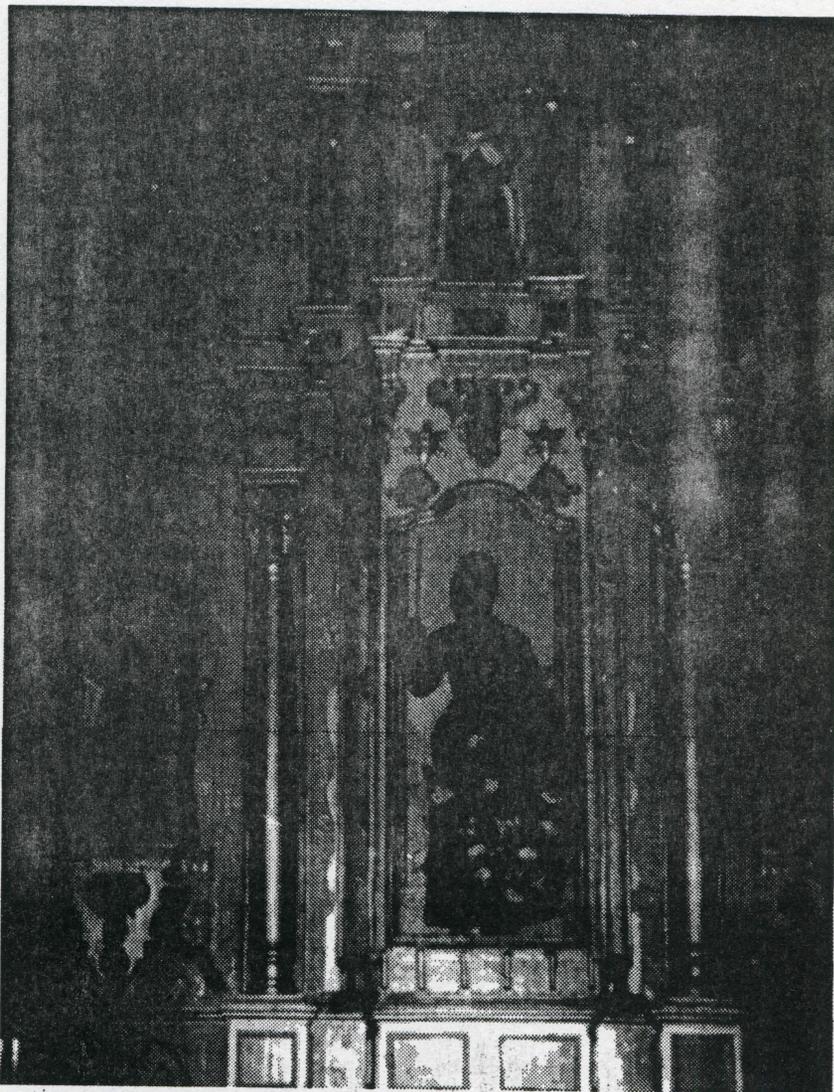
A fines del siglo XIX, el privilegiado mirador huitzileño del valle de Cuernavaca se desplomó junto con sus poblados, al colapsarse los servicios de diligencias, frente al embate del pujante ferrocarril que unía la ciudad de México con la de Cuernavaca (CEPES, 1974:2).

La desmemoria del bosque: Durante el último cuarto del siglo XIX, la modernización de las haciendas e Ingenios azucareros de Morelos, acicateó entre ellas una mayor competencia así como una disputa por los insumos, particularmente por la leña que fue transportada gracias a la introducción de los ferrocarriles forestales.

Fue la hacienda de Temixco, la que amplió su hinterland hacia la zona boscosa del norte de Morelos, afectando los entornos de los pueblos de Buenavista del Monte, Santa María Ahuacatlán y Huitzilac, entre otros a partir de 1876 (Rueda, 1981: 39). La producción de alcohol y azúcar desde el norte de Morelos y la producción de papel desde las fábricas de Loreto y Peña Pobre en Tlalpan en el Distrito Federal, fueron devastando los bosques del corredor biológico del Ajusco-Chichinautzin y potenciando la resistencia y rebeldía de los pueblos afectados. La pacificación en el hinterland ampliado de Temixco, fue cumplida gracias al cohecho y la represión marcial implementada por empresarios azucareros y las fuerzas del gobierno estatal; levados y presos unos y otros deportados a Quintana Roo (idem).

Los ferrocarriles forestales que partían del casco de la hacienda Temixco a Buenavista del Monte, del Parré a Atlayucan y de Fierro del Toro al centro del monte, marcaron las fronteras de una moderna y sostenida depredación de los bosques de los pueblos referidos (Díaz, 1926:LII-LIII). Casi nadie ha valorado el impacto de la Revolución en el Norte de Morelos al lograr acabar con los ferrocarriles forestales. ¿Es posible ver este colapso del ferrocarril forestal más que como resultado de una crisis del ingenio de Temixco, como un real intento de proteger el espacio boscoso y sus usos tradicionales? Los móviles del campesinado para atender y destruir las líneas del ferrocarril forestal merecen una investigación más puntual.

El otro tendido ferroviario que uniría la ciudad de México con la ciudad de Cuernavaca comenzó hacia 1892. Para el tendido de los durmientes, la tala del bosque huitzileño quedó concesionada al parecer en



Retablo de San Bartolo Templo de San Juan Bautista, Huitzilac, Morelos.

manos de los empresarios forestales Harry Hamson (Torres et al, 1991) y Ramón Oliveros (López, 1984:138). La tensión y el conflicto creciente entre los empresarios forestales y los huitzileños, intentó ser atenuada por parte de Hamson financiando la construcción del Pantéon, una capilla y el palacio municipal en su localidad (Torres et al, 1991). El hostigamiento que recibieron los huitzileños por intentar sostener sus tradicionales abastos en sus entonces enajenados

bosques en beneficio de los empresarios forestales, orilló a sus pobladores a sumarse a la rebelión zapatista. La biografía del general zapatista Francisco Pacheco, señala como detonante de su rebeldía un castigo recibido por haber sido sorprendido portando furtivamente una carga de leña, que incluyó sostener la carga hasta su traslado al penal de Cuernavaca y la orden de expulsión del poblado de Huitzilac a fines de 1910 (Gómez Pacheco, s/f). Algunos fragmentos testimoniales de los

años de la Revolución, dan cuenta de la otra cara del bosque como refugio de los huitzileños zapatistas (Rueda, 1981, 1983).

Pocos años más tarde, las estaciones de ferrocarril en Fierro del Toro, Tres Cumbres (Tres Marías) y Coajomulco, remodelaron la composición del espacio huitzileño y el peso de sus asentamientos poblacionales, tanto como en la segunda mitad del siglo XX, lo harían las nuevas líneas

Fragmentos de la modernidad y tradición en los altos de Morelos

viene de la página 13

carreteras y automotrices. Tendencia que cobra visibilidad como conflicto ferrocarrilero/camionero durante el cardenismo.

Un informe fiscal sobre las estaciones del ferrocarril México-Iguala-Balsas en el estado de Morelos del año de 1939, consigna a Tres Cumbres como una de sus seis estaciones relevantes. Esta localidad huitzilteña registraba dos paradas diarias del ferrocarril: a las 9:58 am y a las 14:08 pm (Llaca, 1939:20). El citado informe refiere igualmente dos compañías de transporte público de pasajeros que cubren la ruta Cuernavaca-Tres Cumbres: la empresa «Flecha Roja» y la empresa cooperativa «Emiliano Zapata» que registraba para 1939 cinco salidas: 7:45, 8:45, 11:25, 15:25 y 18:25 (Llaca, 1939:23). Es posible que estas líneas de transporte hayan cubierto la movilización de un contingente relevante de mano de obra desde Cuernavaca y localidades aledañas para cubrir las faenas de tala de árboles, corte, apliación y carga de leña a los camiones de carga y a los vagones del ferrocarril México-Iguala-Balsas.

El visitador fiscal Pedro Llaca da cuenta en 1939 de la tala depredadora del entorno boscoso de Tres Cumbres, acicateada por el transporte de carga camionero a la ciudad de México que ha desplazado ya al ferrocarril, cuyas volúmenes registrados para los años 1936 y 1937 fueron de solo 89 y 83 carros anuales de leña:

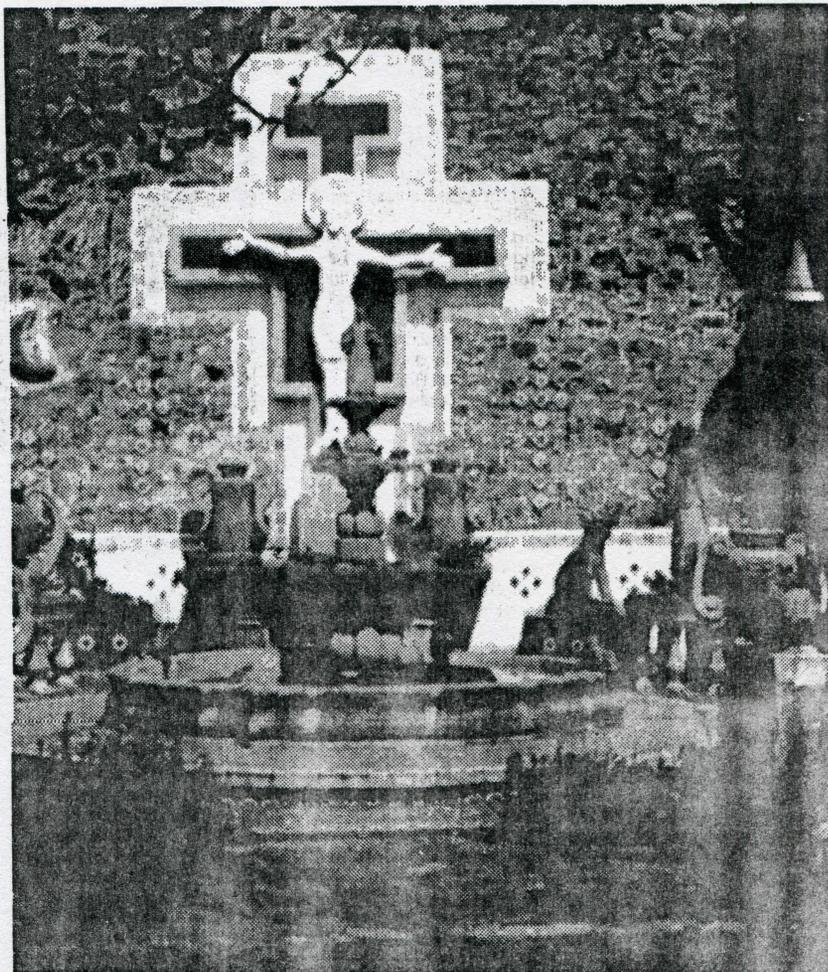
«En los montes que rodean a Tres Cumbres se ha llevado y se sigue llevando a cabo un Inmoderado corte de madera para leña la que se junta en terrenos cercanos a la Estación para ser despachada a México, la mayor parte por camiones y poca, relativamente por ferrocarril. Constantemente hay grandes hacimientos de leña recién cortada en los que a simple vista puede apreciarse que se han sacrificado árboles jóvenes y vigorosos. El corte de leña no beneficia en nada al lugar; por el contrario, lo perjudica notablemente» (Llaca, 1939:45).

Llaca aparte de estas actividades forestales solo registra la existencia de magros cultivos de maíz y frijol temporalero, así

como una pequeña producción de pulque que representaba en los términos fiscales de 1937, un ingreso equivalente a la tercera parte del que proporcionaban los expendios de bebidas.

Cuatro décadas más tarde, el lic. Francisco Xavier Arenas, a la sazón director de Investigaciones Históricas y Culturales del Gobierno del Estado de Morelos, estimaba que el flujo de madera que absorbió la empresa papelera Loreto y Peña Pobre, alcanzaba ya la enorme cifra de 60 mil hectáreas de bosques, principalmente en el norte de Morelos (El Sol de Cuernavaca, 8/5/1978). Por su lado, León Bejarano, el gobernador de turno, un mes más tarde, voceaba las virtudes de su Programa de Aprovechamiento Forestal en Huitzilac, Incorporando 80 hectáreas de bosques, a la depredadora pero rentable práctica de convertirlos en 3,500 metros cúbicos de maderas enrolladas, para satisfacer las demandas de los buenos clientes capitalinos (El Sol de Cuernavaca, 14/6/1978).

La historia más reciente del bosque, nos remite a la irracional explotación de tierra de hoja del bosque para abastecer los viveros de Xochimilco, Cuernavaca y Acapulco, así como los Jardines residenciales de ciudades y zonas residenciales aledañas. A ello se agrega la tala intermitente y abierta, con que los modernos cortadores de leña y sus ruidosas motoserras, abastecen las crecientes demandas de leña de los residentes en en una treintena de fraccionamientos campestres. De fondo se exhibe un anudamiento perverso, entre el Influencismo político que exhiben impunemente algunos fuereños residentes en estos espacios residenciales de un bosque presuntamente convertido en reserva biológica federal, y la actitud cómplice y negligente de las autoridades encargadas del control ambiental del estado de Morelos y del país. Mientras tanto, viejas modernidades y posmodernidades seguirán devorando el bosque a pesar de todos. Sería deseable que apostásemos a un utópico y democrático Basta!



Jardín sur del templo de San Juan Bautista, Huitzilac.

Fuentes:

- .CEPES, Huitzilac, s.p.l., 1974.
- .DE LA PEÑA, Guillermo, Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los altos de Morelos, Ciesas, Ediciones de la Casa Chata N811, México, 1980.
- .DÍAZ, Domingo, Bibliografía del Estado de Morelos, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1926.
- .GOMEZ PACHECO, Delfino, Don Francisco el zapatista, mecanoscrito, s/f.
- .LOPEZ, Mauro, Un testimonio zapatista de Huitzilac, Fonoteca ENAH, 1991 (grabación).
- .LOPEZ GONZALEZ, Valentín, Cuernavaca, visión retrospectiva de una ciudad, Centro de Estudios Históricos y Sociales del Estado de Morelos-Ayuntamiento de Cuernavaca, Cuernavaca, 1994.
- .LLACA, Pedro M., Morelos, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Estudios Histórico-Económico-Fiscales sobre los Estados de la República, II, México, 1939.
- .MAYER, Brantz, Un viaje a la tierra caliente 1842, Summa Morelense, Cuernavaca, s/f.
- .PRIETO, Guillermo, Un paseo a Cuernavaca 1845, Summa Morelense, Cuernavaca, 1982.
- .RUEDA SMITHERS, Salvador, «Consideraciones generales para el estudio del movimiento armado: la zona armada de Genovevo de la O», Culcullco (México) ENAH, Año II N83 (Enero de 1981), pp.38-43.
- «Oposición y subversión: testimonios zapatistas», Historias (México), INAH N83 (Enero-Marzo de 1983), pp.3-32.
- .TORRES, Paola, OZUNA, Juan, MAGAÑA, Ignacio, Historia de Huitzilac, reporte de campo, ENAH, 1991.

Fotografías y croquis orográfico:
Emiliano Melgar.